

PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN, HÉROE CULTURAL EN LA FRONTERA PROHIBIDA

José Antonio González Alcantud / Profesor Titular de Antropología Social. Universidad de Granada

La cartografía de las fronteras no solamente es política. Qué duda cabe que para ustedes, habitantes del Campo de Gibraltar, hablar de fronteras puede resultar ocioso dada la presencia abrumadora del hecho fronterizo en este cruce de caminos entre dos continentes, dos mares y varias culturas y herencias, si bien siempre cabe la posibilidad de llevar a cabo alguna precisión. Yo, por ejemplo, como granadino, hablando en primera persona, y a la manera de una posmodernidad que enfatiza la reflexividad cognitiva, puedo dar testimonio de la existencia de una *frontera imaginaria*, vórtice de los conflictos entre Oriente y Occidente, que pasa por mi ciudad, alejada físicamente de una auténtica frontera política como la que ustedes viven a diario, y donde se interpolan variados y contrapuestos mundos y tradiciones culturales (G. Alcantud, 1992, 1993, e.p.1). La alteridad es parte sustantiva de la idea de frontera, y gracias a ella las líneas de ésta se escriben con renglones torcidos y hasta laberínticos.

Es lógico que el término frontera se haya cargado de un cierto prestigio simbólico —escribe Alberto González Troyano, al respecto de la combinatoria alteridad/frontera—. En su *fisura* era posible dejar de tener unos atributos sin haber por ello asumido todavía otros. Juega en ese aspecto, pues, la frontera una función de referencia, ya que a medida que uno se aproxima a ella, desde su propio territorio, se está dejando de ser algo de ese territorio para ir adoptando algo del territorio vecino (G. Troyano, 1991:305).

Por esta razón, la cartografía de la frontera imaginaria puede coincidir o no con la de la frontera política, ya que cada una tiene su propia lógica, y en la primera incide sobre todo la alteridad. Granada desde el momento de la conquista de la ciudad por los castellanos en 1492 es un *communis locus* de la fantasmática cultural, que tiene manifestaciones episódicas y seculares en torno a los mitos que la rigen, y cuya proyección va más allá de constituir un asunto puramente local.

Una de las personalidades granadinas que mejor pudieron apreciar esa confrontación imaginaria y fronteriza entre Oriente y Occidente, que la había experimentado fantasmagóricamente desde la infancia en su natal Guadix, a pocos kilómetros de

la capital granadina, fue Pedro Antonio de Alarcón. En Guadix los moriscos permanecieron mucho tiempo después de la conquista y de los sucesivos decretos de expulsión. Bernard Vincent señala que antes de las expulsiones definitivas de 1611 y 1614 los nobles a quienes correspondieron aquellos señoríos hicieron numerosos y constantes esfuerzos para proteger a los moriscos. Existen, escribe Vincent, "algunos señoríos cuyos dueños, marquesa del Cenete, duque de Alba (señor de Huéscar) y marqués de los Vélez, no han escatimado esfuerzos para conservar una parte de sus campesinos" (Vincent, 1985:270). La presencia de los moriscos era, pues, muy notable sobre el territorio, y su amenazante *fantasmática* estaba omnipresente (G. Alcantud, 2002), de manera que el Sínodo de Guadix-Baza de 1554 ordenó numerosas medidas culturales represoras de gran trascendencia en la lucha antimorisca. De él, y del documento resultante, ha escrito atinadamente Barrios Aguilera: "Este documento fue pieza clave de la acción represiva de la Iglesia contra la civilización morisca. Hasta alzarse en paradigma, y está muy presente en el análisis de la religiosidad y vida cotidiana de los moriscos, pues su articulado, preciso y sistemático, con afán de exhaustividad, lo hace ineludible" (Barrios, 2002:192). Además, añade Manuel Barrios, que su misma exhaustividad sirvió de modelo y guía a la obra represora antimorisca para toda España. Guadix fue, se infiere, un laboratorio de integración y segregación de los moriscos nada común. La memoria de los derrotados recorre el territorio, y Alarcón lo sabe.

El horizonte islámico experimentado como una fantasmática cultural, y personal también, lo vive Pedro Antonio de Alarcón, en la medida en que sus propios ascendientes procedían de un linaje que había participado en la conquista de Granada. Orientado por estos lejanos sentimientos, él mismo había escrito en 1849 un juvenil relato titulado *La conquista de Guadix* (Lara, 2001:22). Desde las primeras narraciones hasta su *Viaje a la Alpujarra* (1874) de la madurez, que fue una experiencia etnográfica contrastante entre la imaginación romántica del Oriente que él siempre soñó y la realidad cultural de aquella comarca marcada por la guerra de los moriscos, Alarcón vive con intensidad el horizonte oriental, como puede contemplarse en esa doble adscripción suya tanto a la condición de moro como de cristiano, que podemos comprobar en numerosos pasajes de su vida (G. Alcantud, 2003). Baste recordar aquellos tempranos versos de Alarcón en homenaje al poeta marroquí Chorbay:

Me preguntas quién soy, ¡oh Mahometano!.../ y tú me cuentas que heredero eres/ de aquellos Moros que en el suelo hispano/ alzarón a su dios y a sus mujeres/ de la Alhambra el alcázar sobrehumano(...)/ Yo no sé ya quién soy, ¡oh Mahometano!.../ Yo vi la luz donde morir tú quieres;/ yo soñé con tu raza en suelo hispano,/ y hoy, que piso a mi vez suelo africano/ pienso que soy... el mismo que tú eres.

La actitud de duda frente a este enemigo histórico y real queda patente en sus sinceras y profundas palabras pronunciadas ante la visión de los cadáveres de moros muertos en el campo de batalla de Tetuán:

Si he de decir toda la verdad, el primer sentimiento que me inspiró su vista fue cierto desprecio, considerándolos indignos de medir sus armas con las nuestras, o sea juzgándolos más salvajes y fieros que patriotas. Luego cambiaron súbitamente mis ideas, y sentí noble compasión hacia aquellos bárbaros, de cuya tierra éramos seculares invasores y contumaces enemigos. Y, por último, sobreponiéndose en mí a toda idea la devoción artística, los hallé tan grandes, tan denodados, tan inocentes, que entristecía el considerar el odio con que me hubiesen mirado ellos, caso de volver a alumbrar sus inanimados ojos (Alarcón, 1985, I:59).

Coexisten en Alarcón dos pulsiones en apariencia contrapuestas: la del enemigo secular de los musulmanes, y la del "moro" que él mismo lleva dentro, y que le confiesa en el otoño de sus días a la Pardo Bazán en una célebre entrevista habida entre ambos en la Biblioteca Nacional (Pardo Bazán, s.d.). Esta doble pulsión coexiste en la personalidad romántica, y por ende tendente al heroísmo, de Alarcón.

Resulta llamativo cuanto menos comprobar que a Pedro Antonio de Alarcón "le tocó la cédula" en 1853, es decir hacer el servicio militar, y que "sus padres lo librarán del servicio" (Soria, 1991:XII). Las inclinaciones radicales del joven Alarcón no encuentran aún su norte militar y patriótico, y sueña con hacer revoluciones, hasta el punto que de aquellos años se ha

podido sostener que nuestro autor "parece haber sido el alma del movimiento revolucionario granadino, fundiendo la acción y la palabra agresiva". Los periódicos *La Redención* y *El látigo*, dirigidos por él, serán ejemplos de esa verbosidad revolucionaria, antimonárquica e incluso antimilitarista del primer Alarcón. La participación en la guerra del 59 será clave para orientar toda su personalidad en un sentido diametralmente opuesto al de sus inicios aunque siempre lata en ambas épocas el impulso heroico de su acción y su verbo.

De otra parte, las conquistas castellanas de Baza y Granada en la guerra contra los nazaríes tenían que estar muy vivas en la imaginación de Pedro Antonio de Alarcón. La conquista de Baza, que tuvo lugar probablemente el cinco de diciembre de 1489, fue un hecho tan trascendente para la posterior evolución del conflicto, que en la iglesia de Santiago de los Españoles de Roma, se pronunció un discurso conmemorativo poco después, el diez de enero de 1490, a cargo de Bernardino López de Carvajal. El discurso de Carvajal, coincidiendo con otras fuentes historiográficas de su tiempo, señala que los moros nobles de Baza capitularon después de una negociación entre su caudillo Yahia Alnayar y la reina Isabel (López, 1995:67-68). Respecto a la conquista de Guadix, que formaba parte de la misma campaña, nos informa uno de los cronistas, Alonso de Palencia, que aconteció el día treinta de diciembre de 1489. Palencia al dar noticia de la magnitud de la lucha por la conquista de las dos ciudades comenta:

Se halló que desde el principio del sitio de Baza hasta la entrega de Guadix habían perecido por diversos accidentes cerca de 20.000 hombres. De éstos, más de 17.000 sucumbieron de resultas de varias dolencias, y del rigor del frío y de las tormentas que sucedieron a los grandes calores. Otro gran número, acabada la campaña, fue a curarse a sus casas de las enfermedades contraídas durante los sitios. El feliz éxito de la empresa impuso silencio respecto a las considerables pérdidas (Alonso, 1998:445).

La lucha fue, por tanto, cruel, tanto por el clima extremo de aquellos lugares como por la resistencia mora. Daba pie a una interpretación epopéyica de la conquista, la cual culminó con la toma de Granada dos años después, lugar común de la mitografía romántica, fundada a su vez en el paraíso dolorosamente abandonado, como subraya con elocuencia la leyenda del llanto de Boabdil a la vista de la Granada perdida (G. Alcántud, e.p.1).

La épica tassiana de la conquista ha seguido los pasos de las tomas de Antequera y Alhama, de la cruenta capitulación de Málaga, y finalmente de las de Almería, Baza y Guadix, antes de arribar a la de Granada. Todas ellas dejaron su impronta en el romancero. Mas en el romancero la conquista de Baza tiene un eco más pronunciado que la capitulación de Guadix. Probablemente Alarcón, que no admitía más maestro literario que la necesidad de salir de Guadix para no verse abocado a decir misa ni quedar atado a una pobre hijodalquía, hubiese oído romances similares al de la conquista de Baza, recogido por Agustín Durán, y atribuido a Gabriel Lobo Lasso de la Vega, al cual pertenece este fragmento:

Otros que no, más que llamen/
Al infante Zideyaya,/
Un nieto de Abenalmao/
Alnayar, rey de Granada,/
Que habitaba en Almería;
/ El cual parte á Baza/
Con diez mil valientes moros,
/ Y d'ella se apoderaba/(...)/
Donde con loables hechos/
Hizo perpetua su fama/
Cercó el rey Fernando luego/
La ciudad fortificada/
Con asedio más estrecho/
que Escipión puso a Numancia.
/ Duró al pié de siete meses/
Con refriegas porfiadas/
De ambas partes tan sangrientas,
/ Que bien claro se mostraba/
Ser el cercado español,
/ Y español el que cercaba. (Durán, 1945:97)

El tono heroico de la conquista de Baza, y por supuesto de Granada, tenía que serle familiar a un descendiente de "don Martín de Alarcón, uno de los conquistadores de Granada, y (de) don Hernando de Alarcón, capitán de Carlos V en la batalla de Pavía, que custodió, prisionero, al rey francés" (Kleiser, 1968:VI). El tal Martín de Alarcón fue un capitán que participó en numerosas gestas, viéndosele aparecer como guardián de Boabdil prisionero tras la batalla de Lucena, en las incursiones sobre Loja y Cazorla, y finalmente como señor de Moclín. En todos estos lances se lo celebran los cronistas como un "valeroso capitán" (Henríquez, 1987).

Alarcón concibe la *toma* de Tetuán, una fundación granadina debida a Al-Mandari,¹ como la nueva conquista de Granada, y se deja guiar por una poética derivada del romancero antiguo, que el marqués de Molins quiso rehabilitar llevando a cabo una obra colectiva nacional de lirismo épico, pero cuyos resultados fueron de corto alcance estético. Por el contrario *El Diario* de Pedro Antonio de Alarcón es considerado por todos los críticos, desde la época de su aparición hasta ahora, y desde España hasta Marruecos –en una suerte de nueva paradoja, puesto que una obra de exaltación épico-militar encuentra el reconocimiento en los propios derrotados–, como *la obra*, que acompaña la conquista de Tetuán, y la convierte en un hito histórico, al modo de las epopeyas antiguas y medievales. Su frescor es innegable. Se sabe que Alarcón comenzó el aprendizaje de los idiomas francés e italiano, a través del estudio de *La Eneida* y de *La Jerusalén Liberada* (Lara, 2001:19). Es la poética de Torcuato Tasso en *Gerusalemme Liberata*,² la que late en la descripción alarconiana, que se nutre sobre todo de la acción militar en la que se emplea voluntariamente el propio escritor como simple soldado raso (G.Alcantud, 2003). Esta poética de la conquista es esencialmente *heroica*, y exige del autor inclusive que no sólo sea *testigo* de la misma, como él manifiesta abiertamente desde el título de su relación, sino asimismo *actor*. El patriotismo nacionalista es un sentimiento nuevo que sustituye parcialmente a la mística religiosa, aunque no la oblitera en el caso español, el cual hace de Alarcón un héroe nacional al modo como era soñado por la poética romántica del héroe literario. De ahí, la doble dimensión en la que inscribe su obra, su persona y su acción Alarcón: hacia atrás al ideario contenido en el primer romancero, cuya obra de compilación estaba siendo llevada a cabo en su época por A. Durán, y donde se exaltaban las virtudes nobles de los enemigos contendientes; y de otra parte, hacia la nueva figura del héroe literario moviéndose por compulsiones desconocidas en buena medida, como era la *patria nacional*, y no la pequeña patria o la religión católica, tal como ocurriera en tiempos pretéritos.

En uno de los escasos estudios sobre la épica tassiana dados a la luz en época de Alarcón, doña Emilia Pardo Bazán sostendrá que en los siglos XVII y XVIII la influencia de *La Jerusalén Liberada* fue tan grande que sus versos "obtuvieron una doble aureola: fueron clásicos y populares a la vez". Y añade: "Mas al alborear el siglo XIX, cuando madama de Stael convirtió la atención del público literario hacia la nebulosa poesía del Norte, y se alzó en el horizonte la fama de Goethe y de Schiller, palideció el astro de Tasso" (Pardo, XI:109). La autora, que luego sería biógrafa temprana de Alarcón, sostiene asimismo que la obra *Orlando furioso* de Ariosto, el gran competidor de Tasso, era producto de "una mente paganizada y caprichosa, que corre tras de lo maravilloso, sea del género que quiera". Añadiendo sobre el *Orlando*: "Sus héroes y heroínas andan desprovistos, no diré ya de la moralidad, sino aun de ideas de ella". Para concluir con la afirmación de que, "por esto mismo es Ariosto, y no Tasso, quien mejor simboliza el estado intelectual de su tiempo" (Pardo, 1879, XI:408-409). En *La Jerusalén Liberada* la lógica predominante, por el contrario, la constituye el ideal del caballero cristiano:

Había de ser perfecto caballero sereno en las tribulaciones y en los riesgos cuajado e impávido; paciente y sufrido en la miseria, y parco y sencillo en la abundancia; limpio y honesto en el pensamiento, en el habla discreto, invariable en la fe prometida, vencedor de las tentaciones, despreciador de la muerte, y en todo siempre leal, verídico, templado, sincero, generoso y cortés. Y no con los fieros tajos y reversos, ni con las inauditas hazañas, sino con el conjunto de tales partes y prendas morales, se califica y gloria de caballero cumplido (Pardo, IX:12).

¹ Sobre la fundación de Tetuán existe una cierta leyenda que le otorga a Al-Mandari su creación junto a los granadinos huídos de la Península. Pero, según sostiene convincentemente M. Azzuz Hakim, debió ser Mulay Alí ben Rachib, emir de Chauen, quien la fundara unos años antes, dejándole la gloria legendaria a Sidi al-Mandari, quien en realidad pudo haberla refundado entre 1493 y 1495, es decir al poco tiempo de ocurrir la conquista de Granada. La conjunción de ambos acontecimientos, conquista de Granada y refundación de Tetuán, es suficiente para establecer los fundamentos de una creación legendaria de fuerte significación mitográfica (Azzuz, 1973:25-40).

² La influencia de la poética tassiana en la conquista del reino de Granada puede contemplarse sobre todo en el *Poema del asalto y conquista de Antequera* de Rodrigo Carvajal: "La línea argumental y la estructura narrativa del *Asalto y conquista de Antequera* se corresponde con su modelo italiano: la conquista de Jerusalén es sustituida por la toma de Antequera y el puesto de Goffredo lo ocupa el infante don Fernando como caudillo de los cristianos, a quien acompaña un nutrido elenco de nobles(...) En la guerra intervienen también las potencias ultraterrenas: a los cristianos favorece Dios Padre por mediación de santa Eufemia, patrona de Antequera, y a los moros auxilia Luzbel con los espíritus malignos y el traidor Armeto" (Martínez, 2000:397). El discurso épico sobre estas tomas pasó no sólo a la literatura culta, tassiana, sino a la popular, donde se mantuvo en uso durante toda la Edad Moderna (López, 1998).

Como puede observarse mucho de este ideario de caballeridad es la que late en la inclinación de Alarcón a la guerra de conquista, y cuya enunciación nos acaba recordando su propia figura marcada por la épica.

Es claro, también, que la imagen de la Tetuán que van a conquistar es la de una ciudad deseada hasta extremos que conducen a su feminización metafórica. Azziza Bennani ha seleccionado las imágenes que los viajeros de los siglos XIX y XX transmiten de Tetuán, y en las que se hace hincapié en la conjunción de belleza, feminidad y deidad. En de algunas de esas descripciones, Alarcón la llama "odalisca" y "bellísima sultana", y el también granadino Isaac Muñoz la designa como "la ciudad encantada de todos los misterios y de los perfumes". Bennani sobre esta base exaltatoria sostiene que "los escritores le rinden verdadero culto, sublimándola al máximo" (Bennani, 1992:13-17). Tetuán es objeto ferviente del deseo. De un deseo cuyo orientalismo es en esencia de matriz heroica. Alarcón en su compulsión orientalista nos remite a aquella definición del héroe literario moderno debida a Carlyle:

Si Héroe ha de significar auténtico, diré que Héroe Literario ha de ser considerado como hombre que desempeña para nosotros una función que es siempre honrosa, siempre la más alta (...) Su misión consiste en hacer pública, del modo como le es dado hacerlo, la inspiración de su alma; poniendo en ello todo su esfuerzo. Digo *inspirado*, por que lo que llamamos 'originalidad', 'sinceridad', 'genio', esa cualidad heroica para la cual no hallamos nombre apropiado, significa eso (Carlyle, 1985:201).

Alarcón se inserta de pleno derecho en la tradición del héroe literario.

El proyecto alarconiano, no obstante, no acaba en el campo militar. Nuestro autor es un héroe sobre todo cultural. Cuando Alarcón se embarca en la aventura africana y en la consiguiente fundación de *El Eco de Tetuán*, posee al menos tres señalados hitos periodísticos en su biografía: la fundación de *La Redención*, periódico republicano, en vísperas del movimiento revolucionario del 54; la creación de *El Eco de Occidente*, en aquel mismo año, de tendencia más cultural que política; y la dirección un año después de *El látigo*, proyecto también de tendencia radical y sobre todo antimonárquica, cuyo fracaso final le llevará al "exilio" voluntario en Segovia, (Hespelt, 1936:336). A su vuelta del retiro segoviano acometerá, ya con otro estado de ánimo, la aventura africana. Su experiencia como fundador de periódicos políticos y culturales era, por consiguiente, bien sólida. La experiencia de Alarcón como fundador de prensa era ya firme, e incluso debía ser consciente de la importancia de las imprentas en la medida en que cuando en 1852 comenzó a publicar un revista cultural llamada *El Eco de Occidente*, tuvo que hacerlo desde una casa de impresión de la capital granadina ya que a Guadix no llegará la imprenta hasta unos meses después de la puesta en funcionamiento del periódico (Lara, 2001:27).

La toma de Tetuán era por demás un acontecimiento mediático en términos que nos son hoy familiares. La prensa, los fotógrafos, los dibujantes, los pintores, todos estaban muy representados en el campo de batalla, e incluso entre ellos y los medios de prensa que representaban existían competencias abiertas por ofrecer las primicias informativas. Tomás García Figueras narra por ejemplo, el incidente habido entre José Vallejo, dibujante desplazado a la guerra por la publicación *Crónica del Ejército y la Armada de África*, y el dibujante que acompañaba a Alarcón, Charles de Iriarte, quien ilustraba para *El Museo Universal* las crónicas de nuestro autor. Fue con motivo del retrato del emir Muley Abbas, general en jefe del ejército marroquí, que dio a conocer esta última publicación, debido a Iriarte, y que Vallejo sostenía, con acierto, que era *inventado*, puesto que él había estado en el lugar de la entrevista de este alto personaje con O'Donnell, y no había conseguido verlo ni por supuesto dibujarlo (García, 1961:53-58). El caso es que existía conciencia plena y absoluta de la importancia de la toma de Tetuán para la conformación de las mentalidades, y para ello se habían puesto en funcionamiento todos los mecanismos necesarios de verificación y poetización. Prim llevaba una pequeña corte literario-pictórica, en la que destacaba Mariano Fortuny, y el general Ros Olano, amigo y protector de Alarcón, propenso a inclinaciones poéticas él mismo, daba curso a su visión literaria de la conquista. La coincidencia entre las "armas y las letras" encuentra en la guerra del 59 uno de sus mayores exponentes.

El problema suscitado por la aparición del único número de *El Eco de Tetuán*, el periódico lanzado por Pedro Antonio de Alarcón, no deja de ser enigmático. No habiendo pasado del primer y único número, sin embargo se convirtió pronto en un referente absoluto ligado a la conquista de Tetuán. Alarcón, que ya era un experimentado periodista, y que sabía del valor de esta forma de comunicación, en especial en la vida política y cultural, funda un periódico efímero con la única intención de "ser el primero" en introducir prensa e imprenta en Marruecos. De alguna manera podemos afirmar que Alarcón vive la campaña de África en función de la prensa que le publicita su narración reflexiva, y para constituirse en el héroe *cultural* que introduce la misma *novedad civilizatoria* a través de la cual se expresa. En ningún caso abrigaba la esperanza o el deseo de darle continuidad a la empresa. Alarcón, embriagado de este heroísmo fundador, dirá: "Cabe, pues, a España la gloria de haber sido la primera que ha traído a Marruecos, siquiera en tímido y pasajero ensayo, otro de los mayores inventos de la civilización. Mañana, acaso, se habrán borrado sus huellas; pero el hecho moral subsistirá eternamente. No me he propuesto yo otra cosa al fundar dicho periódico". Alarcón es consciente de lo efímero de su periódico, empresa sobre la que no insistirá, y confiando más en la trascendencia del libro, reproduce en *El Diario...* los dos principales artículos que escribe para *El Eco...*:

Por lo demás, bien puede morir o suspenderse mañana este periódico, cuando el clarín de guerra vuleva a resonar llamándonos a nuevas lides; también puede ser que un segundo número se publique lejos de Tetuán, bajo una tienda de lona, en el aduar de un pastor morisco o en otras ciudades de Marruecos; pero, de cualquier modo, el hecho quedará consignado: nuestro propósito servirá de guía a los que nos sucedan; la prensa renacerá de sus cenizas en estas comarcas. (Alarcón, 1985, II:165-171)

El periódico, agotándose conscientemente en su único número, tiene la inmediata pretensión de convertirse en un trozo del heroísmo alarconiano, en parte de aquel proyecto de orígenes tassianos. Fue tal el impacto mítico que efectivamente alcanzó *El Eco de Tetuán*, a pesar de que hubiesen otros periódicos coetáneos, incluso más duraderos como *El Noticiero de Tetuán* (que salió de agosto de 1860 a febrero de 1861), que entre 1900 y 1911, según nos informa García Figueras, "hubo intentos de reaparición de *El Eco...*", que "se atribuyen especialmente al periodista de la Línea de la Concepción Guillermo Sánchez Cabezas (1907), y a Antonio Ramos y Espinosa de los Monteros (1911), el africanista ceutí" (García, 1961:27). No son pocos los periódicos que nacieron en el siglo XIX y XX, e incluso después, con la finalidad de ser números únicos que marcaran un hito social y cultural. *El Eco...* es uno de ellos, y el mito le sobrevivió. Mas cuando García Figueras en época protectoral se ponga seriamente a buscar un ejemplar de *El Eco...* no lo encontrará por parte alguna, dado que el único que se conocía era una reproducción hecha al parecer por el *Ideal* de Granada en 1934, y el archivo de este diario fue quemado durante la II República. Esto lo llevará a dudar de la existencia misma del mítico periódico tetuaní. Finalmente a través de un reclamo insertado en el diario *ABC* con motivo del primer centenario de su aparición. Lo cierto es que Alarcón, periodista, militar y poeta, guiando con consciencia y clarividencia su acción y reflexión se convierte en un héroe cultural, alcanzando uno de los objetivos más sólidos de su trayectoria biográfica.

Pero hubieron otros intentos culturales de naturaleza fronteriza más eficaces y menos épicos, por mediación de la imprenta, que son contemporáneos a Alarcón, y que proceden de Granada y Tánger. Acerquémonos, verbigracia, a la introducción de la imprenta de caracteres árabes. El padre Lerchundi, prefecto de la misión franciscana de Tánger, había intensificado sus relaciones con Granada, a raíz de una estancia suya en esta ciudad en 1880, mientras se dirimía cierto conflicto de competencias respecto a su nombramiento tangerino. Trabajó entonces con el catedrático de la Universidad granadina Francisco Javier Simonet en una crestomatía árabe-española, para lo cual tuvieron que superar numerosas dificultades técnicas ya que no había en Granada tipógrafos conocedores del árabe, y la primera imprenta de tipos en tal lengua había llegado poco antes a la ciudad (Almagro, 1904:56-57). Es de destacar que las dificultades del orientalismo autóctono no quedaron expeditas con esta medida hasta que no se creó en Tánger una imprenta hispano-árabe ocho años después, en 1888, cuando el padre Lerchundi retornado de la misión franciscana de aquella ciudad norteafricana, estableció en ella una casa de impresión, que permitiese superar las dificultades que llevaba consigo la edición de sus propias obras *Rudimentos del árabe vulgar* y *Vocabulario español-árabe* (García, 1966:156). En particular la imprenta hispano-árabe de Tánger se hizo con

el apoyo del marqués de Comillas, y tuvo como primer cometido hacer la segunda edición de *Rudimentos* de Lerchundi (López. 1947:313-315). Luego se siguieron publicando obras que exigían cierta destreza en el dominio del árabe, algunas de ellas de Simonet. Mientras tanto en Granada y bajo el impulso de un discípulo de este último, Antonio Almagro Cárdenas se puso en marcha *La Estrella de Occidente*, una revista en castellano y árabe, que salió publicada entre 1879 y 1893, proporcionando de manera irregular cuarenta y tres números, centrados sobre todo en la producción de los arabistas granadinos, pero que pretendía hacer llegar la información de Europa a Marruecos con un sentido misional. Mediante estas actuaciones se desarrollaba un monologuismo material de orientación proselitista. Sin embargo Alarcón, desconocedor del árabe, supo captar mejor que los consumados arabistas Lerchundi y Simonet la naturaleza de la relación con Marruecos. Por ello el primer congreso del africanismo español celebrado en la Alhambra granadina en 1892, al poco del fallecimiento de Alarcón, pudo reclamarlo abiertamente como el último de los africanistas granadinos, poniéndolo en pie de igualdad, por su comprensión humana y cultural del "Otro" magrebí, con aquellos doctos arabistas. Estos últimos eran diestros en materia filológica, pero eran unos profundos desconocedores del sentido de la alteridad, la frontera y el heroísmo, sentimientos que poseían a Alarcón, y gracias a los cuales la producción "orientalista" del guadajeño sigue poseyendo un alto valor cultural y hermenéutico.

BIBLIOGRAFÍA

- ALARCÓN, Pedro Antonio de. *Páginas de un testigo de la guerra de África*. Granada, BCA, 1985. Dos volúmenes. Edición de José Asenjo Sedano.
- ALMAGRO CÁRDENAS, Antonio. *Biografía del doctor D. Francisco Javier Simonet*. Granada, Impr. Ventura, 1904.
- AZZUZ HAKIM, Mohammad. "Fuentes para la historia de Tetuán y notas sobre su fundación". In: Cuadernos de Tetuán, nº8, 1973:7-48.
- BARRIOS AGUILERA, Manuel. *Granada morisca, la convivencia negada*. Granada, Comares, 2002.
- BENNANI, Aziza (ed.). *Tetuán, ciudad de todos los misterios*. Universidad de Granada, 1992.
- CARLYLE, Thomas. *Los héroes*. Barcelona, Orbis, 1985.
- GALLEGO BURÍN, Antonio & GÁMIR SANDOVAL, Alfonso. *Los moriscos del Reino de Granada según el Símodo de Guadix-Baza de 1554*. Universidad de Granada, 1996. Ed. facsímil de la de 1968 con prólogo de Bernard Vincent.
- GARCÍA FIGUERAS, Tomás. *Recuerdos centenarios de una guerra romántica. La Guerra de África de nuestros abuelos(1859-60)*. Madrid, Instituto de Estudios Africanos, 1961.
- GARCÍA FIGUERAS, Tomás. *La acción africana de España en torno al 98*. Madrid, CSIC, 1966.
- GONZÁLEZ ALCANTUD, J.A. *La extraña seducción. Variaciones sobre el imaginario exótico de Occidente*. Universidad de Granada, 1993.
- GONZÁLEZ ALCANTUD, J.A. *Lo moro. Las lógicas de la derrota y la formación del estereotipo islámico*. Barcelona, Anthropos, 2002.
- GONZÁLEZ ALCANTUD, J.A. "Poética de la conquista en la obra orientalista de Pedro Antonio de Alarcón". VV.AA. *Pedro Antonio de Alarcón y la guerra de África*. Granada, Diputación, 2003.
- GONZÁLEZ ALCANTUD, J.A. "Granada y su Oriente: de los Granada Venegas a Washington Irving". In: Barrios Aguilera, Manuel & Galán Sánchez, Ángel(eds.) *La Historia del Reino de Granada a debate*. Diputación de Málaga, en prensa 1.
- GONZÁLEZ ALCANTUD, J.A. *La ciudad vórtice. Localidad en tiempos de errancia*. Barcelona, Anthropos, e.p.2.
- GONZÁLEZ TROYANO, Alberto. "Literatura de fronteras y fronteras de la literatura". In: *Draco*, nº3/4, Universidad de Cádiz, 1991: 303-307.
- HESPELT, E.Herman. "Alarcón as editor of El Látego". *Hispania*. Vol.XIX, nº3, october 1936: 319-336.
- HENRÍQUEZ DE JORQUERA, Francisco. *Anales de Granada(1482-1646)*. Universidad de Granada, 1987. Ed. A.Marín Ocete, P.Gán Giménez y L.Moreno Garzón.
- LARA RAMOS, Antonio. *Pedro Antonio de Alarcón*. Granada, Comares, 2001.
- LÓPEZ, P.José María. *El Padre Lerchundi. Biografía documentada*. Madrid, 1947.
- LÓPEZ DE CARVAJAL, Bernardino. *La conquista de Baza*. Estudio Preliminar: Carlos Miguel de Mora. Universidad de Granada, 1995.
- LÓPEZ ESTRADA, Francisco. *Poética de la frontera andaluza. Antequera,1424*. Universidad de Salamanca, 1998.
- MARTÍNEZ INIESTA, Bautista. "La Toma de Antequera y la poética del heroísmo". In: González Alcantud, J.A. & Barrios Aguilera, M.(eds.) *Las Tomas: antropología histórica de la ocupación territorial del reino de Granada*. Granada, CIE "Ángel Ganivet", 2000: 383-414.
- MARTÍNEZ KLEISER, Luis. "Don Pedro Antonio de Alarcón. Un viaje por el interior de su alma y a lo largo de su vida". In: Alarcón, P.A. de. *Obras completas*. Madrid, Ed.Fax, 1968: V-XXXII.
- PALENCIA, Alonso de. *Guerra de Granada*. Ed. Antonio Paz y Meliá. Estudio Preliminar: Rafael G.Peinado Santaella. Universidad de Granada, 1998.
- PARDO BAZÁN, Emilia. "La épica cristiana. Tasso". *La Ciencia Cristiana*, Madrid, 1879, volúmenes IX-XI.
- PARDO BAZÁN, Emilia. *Alarcón. Estudio biográfico*. Madrid, s.d.
- SORIA ORTEGA, Andrés. "Nota biográfica". In: Alarcón, Pedro Antonio de. *El sombrero de tres picos*. Granada, Diputación, 1991, 2º: IX-LXXVII.
- VINCENT, Bernard. "Los moriscos que permanecieron en el Reino de Granada después de la expulsión de 1570". In: Vincent, B. *Andalucía en la Edad Moderna: Economía y Sociedad*. Diputación de Granada, 1985.